

SEÑAL MEMORIA

20 de julio de 1951

Presidente de la República

Laureano Gómez Castro

*Mensaje dirigido a los compatriotas:
«La conveniencia de la patria».*

Compatriotas:

Saludo con respeto y sincero amor a todos los hijos de mi país en la fecha gloriosa que recuerda el nacimiento de la patria colombiana. Puedo hacerlo con entera franqueza y sin que ninguna referencia disminuya la lealtad de la manifestación, porque ha querido la fortuna que en medio de las dificultades acumuladas para el ejercicio del cargo que desempeño, me haya sido dado no apartarme de la promesa solemne formulada al asumir mis actuales funciones, de proceder en ellas con una acabada limpieza de pensamiento y una celosa pulcritud de conducta. Ciertamente como estoy de haberlo así cumplido, aparezco ante mis compatriotas digno de saludarlos en el día de la patria con la más efusiva cordialidad.

El auxilio de Dios

En la misma ocasión invoqué el auxilio de la mano divina para la salvación de Colombia. Mis primeras palabras han de dirigirse a Dios en acción de gracias porque se dignó escuchar esa humilde súplica. No puede negarse que durante el año transcurrido las inquietudes que ensombrecían otrora los horizontes de la patria han ido aclarándose y desapareciendo todas las que dependen de los inescrutables decretos de la existencia y los insondables misterios que originan la incertidumbre humana. No ciertamente las que nacen de la voluntad aviesa de los hombres y de la decisión maligna de causar daños.

La consideración ilustrada y tranquila de las actuales condiciones de Colombia en todos los aspectos no puede menos de indicar que la felicidad del pueblo sería casi perfecta, que su progreso se hubiera incrementado de ostensible manera, que sus perspectivas para el futuro serían las más amplias y luminosas que hubiera contemplado ninguna generación colombiana si no existieran alteraciones y trastornos que perturban ese panorama de bienestar.

La situación económica

Un examen rápido de los principales aspectos de la vida nacional convence de ello. En la esfera internacional, Colombia mantiene y acrecienta su prestigio como defensora impertérrita de los más nobles principios de derecho y de justicia. En el delicado campo económico, que tanta zozobra produjo en meses pasados, la acción tranquila y muy reflexiva del gobierno disipó los temores, y nadie hoy se atrevería a hablar de desastres en un ambiente en que las actividades productoras han recobrado un ritmo firme, lleno de realidades fecundas y de promesas ciertas y cercanas.

Se ha puesto particular empeño en frenar de todos modos el costo de la vida, y se ha logrado que los índices entre agosto de 1950 y julio de 1951, apenas hayan oscilado débilmente, cuando es muy distinto lo ocurrido en la mayoría de las naciones de la tierra. Para mantener esta política se ha ejercido una constante vigilancia sobre el presupuesto y la administración en todas sus ramas, ha recibido un minucioso examen para alcanzar ajustes que disminuyan los gastos excesivos y consigan que los dineros públicos se inviertan con austera pulcritud.

Para darle robusta base a la vida económica, le cabe al gobierno la satisfacción de haber decretado la libertad de cambio que, dentro de los límites de lo posible, trata de restablecer la verdad de nuestra moneda y de dar a todos los colombianos igualdad de oportunidades en el comercio y en la industria. Al Banco de la República se le dio agilidad de que carecía su organización para que opere más activamente en el incremento de la economía general, y las medidas tomadas, ya para establecer el estatuto de los capitales extranjeros, ofrecen extraordinarias perspectivas para el robustecimiento de nuestra economía.

En el ramo de las finanzas principalmente, pero extendido a los sectores todos de la administración pública, se realizó el estudio admirable llevado a cabo por el Comité de Desarrollo Económico, compuesto por seis eminentes expertos de distintos partidos que realizaron el mayor esfuerzo en la historia nacional para lograr una visión de conjunto y un detenido análisis de toda la economía colombiana. Cumplo con el patriótico deber de presentar los mayores agradecimientos a esos ciudadanos egregios que, apartándose valientemente de la caldeada atmósfera pasional, dieron sus sapientes dictámenes sobre las reformas necesarias. La indiscutible mejoría de las condiciones económicas, en ellos tiene sus iniciadores y directores, por lo que son dignos de toda gratitud y todo honor.

Ha estimado el gobierno contribuir al aflojamiento de la tensión financiera disminuyendo el número de personas afectadas por los impuestos directos y modificando favorablemente los plazos para el pago. Y considerando la importancia trascendental que tiene el crédito para la industria agrícola, levantó hasta ciento cincuenta millones la posibilidad de préstamos de la Caja Agraria, suma que antes no se había registrado en la economía colombiana.

Las fuerzas militares

El ejército y la marina tienen cometidos de importancia trascendental, antes no vista, y el país ha recibido con satisfacción y justo orgullo las felicitaciones oficiales por el valiente y disciplinado comportamiento de sus tropas en regiones distantes. Por primera vez en nuestra historia el tricolor patrio flamea digno sobre los continentes y los mares de la otra faz del orbe. Al tiempo con esta noble e histórica tarea, el ejército ha tenido que soportar las penalidades, las fatigas y las pérdidas de preciosas vidas en su lucha contra el bandolerismo. Su disciplina y su eficacia tienen a raya el lamentable fenómeno, y por este eminente servicio a la justicia y a la civilización las fuerzas armadas han merecido bien de la patria.

En esta labor ruda e ingrata han prestado servicios no menos eminentes las fuerzas de policía, con incesantes esfuerzos, agotadoras fatigas y lamentables pérdidas de vidas, inmoladas con heroico valor en la defensa de la tranquilidad social. A esos esfuerzos debe la inmensa mayoría del pueblo colombiano la tranquilidad que disfruta y a quienes los han realizado debemos todos profundo agradecimiento.

La administración de justicia

Nunca con mayor intensidad que en el año transcurrido se ha hecho tan grande esfuerzo para corregir la administración de justicia, buscando que sea rápida, ilustrada, vigilante y eficaz, y para que las normas jurídicas

no sean simples declaraciones teóricas sino regías obligatorias, cuya violación comporte sanción proporcionada sin que nadie pueda considerarse exento de ella.

Tratando de buscar remedio a un grave mal conocido, se obtuvo la paridad política en la composición del poder judicial y se excluyó todo personalismo o influencia distinta a la del propio valor en la provisión de los cargos; se descentralizó el servicio público de la justicia, se aseguró su eficacia para ampliar la acción jurisdiccional de los jueces municipales propiciando su selección con una apreciable mejora de asignaciones; se dotó a la jerarquía judicial con el adecuado instrumento de sanciones disciplinarias; se simplificó el trámite tanto civil como penal para asegurar la libertad en el debate judicial y la rapidez en los procesos, sin menoscabo de la defensa efectiva del derecho. Y en el incansable anhelo de combatir la impunidad, se dieron a los agentes del ministerio público medios legales para perseguir el delito, al tiempo que se abrió a la juventud el ingreso a la carrera judicial con base exclusiva en sus méritos.

La política social

Ha velado el gobierno por la suerte de los trabajadores protegiéndolos contra la desocupación y buscando que sus justas reivindicaciones sean atendidas sin recurrir a los excesivos ademanes de coacción multitudinaria, que ocasionan las ofensivas intrusiones de la demagogia. Su política se ha encaminado a conseguir la armonía en las relaciones entre patronos y asalariados. Inspirado en las enseñanzas pontificias, que elevan a primordial deber del estado el promover el bienestar de la clase proletaria, la más numerosa de la sociedad, el actual gobierno ha dictado cuidadosas normas que tienden a lograr tan noble objetivo. Entre ellas, la reforma del código del trabajo, obra magnífica de la administración anterior, y el estricto control de los despidos industriales. Gracias a esta ecuanimidad justiciera, el país disfruta ahora de una completa paz social, base preciosa y halagüeña para la era de prosperidad a que nos acercamos con pie seguro.

Simultáneamente con las circunstancias normales del trabajo, la administración se ha preocupado por mejorar las condiciones higiénicas del pueblo y fomenta en distintas regiones del país la construcción de hospitales y sanatorios, y la mejor dotación de los existentes, al paso que adelanta intensas campañas contra las epidemias que mayores estragos causan en nuestra raza. De esta suerte, y con la inmediata cooperación de entidades internacionales, se sostienen las campañas contra la difteria, la tos ferina, la fiebre amarilla, la malaria y el pián, siendo satisfactorio que en los laboratorios nacionales se estén produciendo las vacunas que abastecen las necesidades del consumo y, aun como en el caso de fiebre amarilla, salen a los países cercanos.

Agricultura y fomento

En la defensa de la riqueza agrícola, como la suprema esperanza del bienestar colectivo, el gobierno ha consagrado esfuerzos notorios; ora procurando detener la devastadora voracidad de la erosión, que amenaza convertir el territorio en un estéril desierto; ora procurando, hasta donde ha sido dable con los elementos y los recursos disponibles, que se intensifique la producción de los artículos alimenticios y de consumo industrial cuyo notorio crecimiento está contribuyendo a la mejora de la balanza internacional de los pagos y, por lo tanto, a la más sólida economía de la república.

La acción silenciosa pero extraordinariamente fecunda del ministerio de fomento en el arreglo de las condiciones en que ha de efectuarse la reversión de la concesión petrolífera, permitirá el tránsito de un sistema al otro sin ningún trastorno para la economía nacional y con seguro beneficio del fisco. Al mismo tiempo, se han buscado con vivo interés las maneras de poner en explotación rápida y productiva otras riquezas naturales, y se trabaja en la iniciación de nuevas y fecundas industrias destinadas a aumentar la potencialidad y riqueza del pueblo.

Educación y comunicaciones

En el campo de la educación se ha perseguido con ahínco la alfabetización de niños y adultos y la educación campesina. En labor incesante se ha elevado a 14.210 el número de escuelas primarias, a las que asisten aproximadamente un millón de educandos. Se laboró intensamente en la corrección de los programas de estudios primarios y secundarios, y en las disciplinas universitarias y normalistas se ha procurado infundir aliento moderno y vivificador, para que los profesionales del futuro correspondan adecuadamente a las nuevas exigencias de la vida nacional.

En cuanto a comunicaciones postales y telegráficas, ha realizado la administración un esfuerzo perseverante. El correo terrestre cubre prácticamente todo el territorio nacional y el aéreo llega a las capitales de los departamentos. Se instalaron estaciones radiotelefónicas en Cartagena y Popayán para remediar fastidiosas deficiencias de los viejos servicios. Se han construido canales de onda portadora telefónica entre Armenia, Pereira y Cartago; entre Bogotá y Girardot, Ibagué y Armenia; se han creado nuevas oficinas para el servicio radiotelegráfico y telegráfico, y considerables trayectos de nuevos circuitos entre muchas de las poblaciones del país, que requerían esa reforma. El servicio en general procura abastecer el desarrollo del país que se presenta con exigencias inaplazables.

Las obras públicas

Grande y fecunda parte de la actividad oficial se ha consagrado al planeamiento y principio de ejecución de un vasto plan de obras públicas que eliminando la atomización de los recursos nacionales, endémico mal de nuestra historia administrativa, permita atender con rapidez y disfrutar en un futuro muy cercano, mejoras de las obras antiguas y construcción de nuevas, que formen un conjunto articulado y técnico para el mejor desarrollo de la economía nacional y la fácil comunicación del progreso de todas sus secciones.

El plan de carreteras que empieza a construirse es el resultado de pacientes y profundos estudios en los que se ha buscado una equitativa distribución de los trabajos en las zonas más pobladas del territorio y más necesitadas de mejora en sus comunicaciones. En obras fluviales y portuarias se ha procurado también acudir con rapidez a las deficiencias más urgentes, y en la dotación de edificios nacionales se dispuso la racional distribución que dé trabajo a los obreros, decoro a las ciudades, desahogo y comodidad a la administración pública.

No necesitan ponderarse, porque están a la vista del público. Las obras ya realizadas, de tan evidente beneficio que han determinado una baja muy considerable del excesivo costo de los fletes, como estaba vigente en el país hace apenas un año. En obras de alcance dilatado, como la ejecución de la red de carreteras, financiada ya con recursos extranjeros y nacionales, o el ambicioso plan ferroviario, que se halla en estudio, el primer tiempo, forzosamente destinado a la organización y el deslucido principio de los trabajos no permite exhibir la obra hecha; pero el esfuerzo de los estudios previos de rigurosa técnica, y la estricta economía con que se han tratado de poner en marcha las grandes iniciativas, prometen los resultados más sorprendentes para tiempo cercano.

Paz de Río

Una grande empresa, en la que el orgullo nacional está empeñado, es la siderúrgica de Paz de Río. Cuidadosamente estudiada por el gobierno anterior y financiada con mucha sabiduría y acierto, tengo la satisfacción de informar a la república que los trabajos adelantan su curso normal, que todos los pedidos de maquinaria están colocados satisfactoriamente, dentro o por debajo de los presupuestos, y que las perspectivas de esa gran realización se anuncian completamente favorables. Va a surgir de allí, para el oriente colombiano, atrasado en desarrollo industrial, y para toda la nación, una fuente de riqueza de imprevistas posibilidades económicas.

Vastas iniciativas adelantadas empeñosamente por el gobierno del egregio presidente Ospina Pérez van a entrar de inmediato al servicio del pueblo colombiano. Las irrigaciones del Saldaña y de Lérida-Ambalema están concluidas; y van a empezar ya a dar los beneficios inmensos que de ellas se espera. También está determinada la gran represa del Sisga, y a punto de serlo, la del Neusa. La importante fábrica de soda de Betania ha comenzado a mover sus maquinarias y, dentro de muy pocas semanas, estará dando sus preciosos productos a los mercados. Las minas de esmeraldas de Muzo han sido reabiertas y se están explotando con innegable provecho. Las obras hidroeléctricas de Caldas y del Valle avanzan firmemente, mientras que por la iniciativa de los respectivos municipios Medellín tendrá, al final de año, la disposición de 50.000 kilovatios nuevos, y Bogotá 20.000.

El Instituto de Aguas y de Fomento Eléctrico atiende otras numerosas empresas, y el Instituto de Fomento Municipal, lo mismo que el de Crédito Territorial, y el de Fomento Industrial convenientemente purgados de la excesiva burocracia que los hacía ineficaces, están desarrollando claros y ciertos planes para las misiones que se les encargaron.

La violencia inútil

No es de este momento, ni siquiera la enumeración de las obras en curso, porque los señores ministros y gobernadores informan al país en la actualidad de los múltiples esfuerzos de la administración. Si he mencionado algunos hechos, es para que resalte donde se halla la verdadera conveniencia de la patria y cuáles deben ser los anhelos y los actos de sus buenos hijos; y para que ese magnífico e inusitado panorama de felicidad y bienandanza colectiva contraste con los escasos pero trágicos borrones, que pudieron llamarse insignificantes en el conjunto, si no estuviesen cimentados sobre pérdidas de vidas y derramamiento de sangre colombiana en algunas contadas regiones de la república.

Se trata, como es bien sabido, de típicos actos de bandolerismo. Pequeñas bandas mal armadas aparecen de pronto en alguna vereda lejana de nuestro extenso territorio, en una aldea remota o en un desprevenido caserío. Allí matan sin discriminación hasta a las mujeres y a los niños; incendian las habitaciones después de

robarlas, saquean las cosechas y los rebaños. Nadie puede decir que se trata de un vandalaje espontáneo. Ha sido estimulado con publicaciones subversivas y radiodifusoras clandestinas cuya dirección y financiación ya no son un misterio para nadie. Causan un mal horrendo y una mortificación suprema por la pérdida de vidas inocentes, por los estragos en las propiedades de gente humilde, por el espanto que se siente al presenciar estos espectáculos de crueldad nefanda e inútil.

Pero nadie puede creer que con la repetición de esos infames actos se va a conseguir el derrocamiento de las instituciones o el cambio de régimen político. Quienes aconsejan, estimulan y financian esos atroces crímenes, deben tener bien sabido que están desangrando a la patria, causando infortunios y grandes miserias a gentes desvalidas, sus indefensas víctimas, pero no pueden alimentar la menor esperanza, ni próxima ni remota, de que lograrán mellar la firme robustez del gobierno.

Las almas generosas no pueden presenciar impasibles el execrable espectáculo de la violencia y la repetición diabólica de atrocidades tan inútiles y tan espeluznantes. El respeto por la vida humana ha sido mi imprecación incesante, que la pasión política no ha dejado escuchar. Noblemente angustiados por los afrentosos sucesos, todos los pastores espirituales de Colombia han hecho oír su elocuente y dolorida voz clamando por el remedio del mal inmenso. A no dudarlo, su autoridad moral y las razones impresionantes de su exposición serán atendidas, y el trágico desangre tendrá fin.

Con toda la sinceridad de mi espíritu, presento el panorama nacional a la consideración de los buenos y nobles colombianos, que forman la unanimidad moral de nuestro pueblo. Todo en la república es favorable en la hora actual, con excepción de las llagas que al cuerpo de la patria infiere el resentimiento político. No fuera por esas heridas, Colombia podría contarse entre las naciones más promisorias de una prosperidad evidente. A los visibles beneficios obtenidos de la mano de Dios en el último año, pidámosle que quiera ablandar el duro corazón de quienes están derramando sangre de hermanos.

Laureano Gómez Castro